

fuerzo para permanecer así, y que aquella emoción iba agotando rápidamente la poca vida que le quedaba á Mejía.

Doña Catalina quiso llevar su papel mas adelante, y arrodillándose cerca del lecho, clavó su frente sobre el colchon. Mejía entonces podia solamente mirarle la espalda.

El vestido de la jóven se bajaba entonces de tal manera, que Don Pedro distinguió la mancha roja que tenia Catalina, y una idea espantosa cruzó por su cerebro.

—¡Estela! ¡Estela!—dijo con terror.

La dama levantó el rostro espantada, al notar la emoción de Don Pedro.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¿Qué mancha es esa que llevas en la espalda?

—No te espantes, espeso mio; esa mancha la tengo desde el dia en que nací.

—Estela, ¿y tu madre tiene tambien esa mancha?

—Tambien: ¿pero por qué te asustas?

—Ay, ¡dime, dime por qué! pero no me engañes, ¿conociste á tu padre?

—¿A mi padre?—preguntó asombrada la jóven y sin saber qué contestar al pronto.

—Sí, á tu padre; no me engañes, por Dios; va en esto la salvación eterna de tu alma y de la mia.

A pesar de su audacia, Catalina comenzaba á turbarse y á sentirse impresionada á la vez.

—Respóndeme, Estela—agregó, á cada momento mas irritado.—Respóndeme.

—No le conocí.

—¿No le conociste? gritó Don Pedro—¿ni sabes quién es?

—Sí;—respondió temblando ya Catalina;—era un español.

—¿Murió, murió?

—Creo que no, señor.

—Entonces ¿dónde está?

—No sé, porque abandonó á mi madre.....

—Misericordia!—gritó Don Pedro—mi hija!

Y abriendo los brazos, cayó en el lecho como herido de un rayo.

—Socorro, socorro, Don Alonso!—gritó Catalina levantándose como una loca—socorro, socorro!

La puerta se abrió precipitadamente, y Don Alonso, seguido de varios criados de ambos sexos, penetró en la estancia.

—¿Qué hay? preguntó.

—No lo sé, no lo sé; mirad á Don Pedro; aquí hay algo de horrible, de misterioso.....

Don Alonso se precipitó al lecho de Don Pedro, examinó con horror el rostro del enfermo, y despues de un momento de silencio, exclamó solemnemente:

—Encomendadle á Dios: ¡ha muerto!

Los criados se agruparon curiosamente, Doña Catalina se dejó caer en un sillón, y Don Alonso repitió fatídicamente:

—¡Ha muerto! ha muerto!

En este momento se habia abierto de nuevo la puerta, y un hombre con una dama cubierta se habian presentado; pero al escuchar las palabras de Don Alonso, la dama lanzó un débil gemido y se desmayó.

El que la acompañaba la sostuvo en sus brazos, la retiró un poco y volvió á cerrar la puerta.

Eran Martin y Doña Esperanza. Nadie se apercibió de su llegada ni de su salida.

## XVII.

De cómo saldó sus cuentas con la justicia Martin Garatuza.

La policía del marqués de Cerralvo y del visitador Carrillo, no inquietaba, por cierto, mucho á Garatuza, á pesar de que la Audiencia habia dado sus órdenes para que todos los alcaldes procurasen su aprehension. Martin era hombre de recursos, y en último caso hubiera mudado de domicilio y marchádose á la ciudad de Puebla ó Valladolid; pero estaba empeñado en el negocio de Doña Esperanza, que además de su amor propio comprometido, le ofrecia un buen porvenir para su hija; y Martin comenzaba ya á pensar en el porvenir.

Así es que se hacia preciso para obrar con mas libertad, saldar cuentas con la justicia, y Garatuza se determinó á verificarlo.

Llegó con Doña Esperanza á la casa de Mejía en el momento en que éste acababa de espirar; Esperanza no pudo soportar aquel nuevo golpe y se desmayó; pero en aquellos momentos de confusion en la casa, nadie notó nada, y Garatuza luego que la jóven volvió en sí, la condujo, procurando no llamar la atencion, á su casa.

En aquel momento comenzaba verdaderamente la lucha: Don Alonso y Doña Catalina tomaban posesion de hecho de los inmensos bienes de Don Pedro; y aunque Martin contaba con el testamento, que era una arma poderosísima, sin embargo, los contrarios eran ricos, y esto les daba una gran superioridad.

Lo primero en que pensó Martin, fué en quitarse de encima toda persecucion por parte de la justicia; así es que luego que dejó á Esperanza en su casa, salióse á disponer lo necesario para lograr sus planes.

En uno de los barrios mas pobres y apartados de la ciudad, en una casucha triste y miserable, estaba tendido el cadáver de un hombre como de cuarenta años, casi desnudo; tenia á su lado una pequeña vela de sebo que ardia pegada en el suelo, y sobre el estómago del cadáver habia un plato de barro, viejo y roto, en el que se habian depositado algunas monedas de cobre.

Una vieja hilaba sentada á la puerta del cuarto.

Martin pasaba por allí, meciendo la cabeza en todas las casas y procurando encontrar algo: al ver aquel cadáver se detuvo y dijo dentro de sí:

—Este me conviene.

La vieja alzó el rostro para mirar á Martin.

—Buenas tardes os dé Dios—dijo Garatuza.

—Buenas tardes—contestó la vieja.

—¿De qué murió ese pobre señor?—dijo Martin señalando el cadáver.

—Quién sabe; yo ya le encontré muerto.

—¿No era vuestro pariente?

—No tal; que yo por obra de misericordia he venido á cuidarle, mientras se junta para su entierro, porque como está solo, no vayan á comérselo los puercos ó los perros.

—¡Pobre hombre! ¿De modo que no tiene parientes, ni amigos, ni nadie que por él se interese y lo mande enterrar?

—Nadie: yo le he puesto ese plato en la *barriga* para ver si se *junta* para la mortaja y la sepultura.

—Trazas tiene de no *juntarse* nada.

—Así es en efecto, y me causa mucha tristeza: ¡quién sabe cuántos años le costará de purgatorio, eso de que le sepulsen sin mortaja!

—Puede ser.

—¿No me ayudáis con nada?

—Sí, os ayudaré, y más de lo que podeis suponer; que yo haré por mi cuenta todos los gastos del entierro y la mortaja, sin que vos tengáis que molestaros.

—Entonces, ¿sereis muy rico?—preguntó la vieja con admiración.

—Muy rico, no; pero tengo lo suficiente para estos gastos, y los haré: ante todo quitad el plato y el dinero que se ha reunido.

—¿Y qué hacemos con ese dinero?

—Es muy poco y no quiero que nadie me ayude: tomaos el dinero, y rezad en pago alguna cosa por el descanso de esa alma.

—¿No se gravará con eso mi conciencia?

—¿Qué se va á gravar! ¿Creeis que yo que pago todos los gastos, no sea libre de disponer de esa pequeña cantidad?

—Sí lo sois.

—Bien; pues tomadla bajo mi responsabilidad y á cargo de mi conciencia.

—Así, sí.

—Después, hacedme favor de cuidar aquí, hasta que yo mande unos hombres con un ataúd por el difunto, para que le trasladen á otra casa en donde le vistan y le amortajen.

—Solo que yo tengo que hacer y pierdo aquí mi tiempo.

—Nada perdereis, porque los mismos que vienen por el cuerpo, os darán un regalo de mi parte, y yo os doy esto á cuenta y como parte de la recompensa que Dios os enviará por vuestras buenas acciones.

Y Martin dió dos duros á la vieja.

—Que su Divina Majestad os haga muy rico—exclamó la vieja guardando su dinero:—y ahora, ¿qué mas quereis que haga?

—Que nada, ni á nadie digais nada de cuanto aquí hemos hablado, ni de lo que va á pasar, porque tratándose de caridad, la mano derecha no ha de saber lo que da la izquierda.

—Está bien: ¿y á qué hora vendrán los hombres por el cadáver?

—Dentro de dos ó tres horas.

—Esperaré.

—Adios.

Martin se encaminó entonces á una casita pequeña tambien, que estaba por las calles que hacian espalda al monasterio de Santo Domingo.

Era una casa entresolada con una sola ventana, y el zaguán estaba cerrado.

Martin llamó, y una n. grilla llegó á abrirle y le preguntó:

—¿Qué mandaba su señoría?

—¿Está ahí la Perla?

—¿Qué perla?

—No te hagas la tonta, tu ama Andrea.

—Sí, señor.

—Entra á decirle que aquí la busca el Bachiller, su amigo de otros tiempos.

—¿La gracia de su señoría?

—Dí como te digo, y no tardes.

La negrilla se entró precipitadamente, y poco despues salió hasta el zaguan la misma dueña de la casa.

Era una mujer joven aún, pero demasiado gruesa; sus facciones conservaban todavía los restos de una gran hermosura, pero en ellas se notaban esos rasgos característicos de una vejez prematura producida por los vicios y los desórdenes: aquella joven vieja llevaba un traje de colores muy vivos, y multitud de cintas y adornos en la cabeza. En México no estaba vigente ya la Ordenanza de Felipe II, que prevenia que las mujeres de mala vida vistieran de paño pardo con adornos de picos en el traje, de donde vino el refran vulgar de «andar en picos pardos.»

—¡Bachiller!—exclamó la mujer al ver á Martin, y arrojándose descaradamente en sus brazos.—¡Qué milagro! ¡Qué santo te trae por aquí despues de tantos años? Entra, entra, mi bien, que no te he olvidado.

La Perla, como la habia llamado Martin, le hizo entrar, llevando enlazados sus brazos al cuello de Garatuza.

—Mi Perla—dijo Martin—estás sola? ¿podemos hablar un rato?

—Por supuesto, por supuesto; si tú no sabes el gusto que tengo en volverte á ver; si me figura que vuelvo algunos años atrás; ¡éramos tan felices! ¡qué vida! ¡te acuerdas? ¡qué paseos! ¡qué bailes! ¡qué almuerzos!

—Sí, Andrea, me acuerdo; ¿pero no vendrá á interrumpirnos nadie?

—Nadie; ¿quién ha de venir? Además, ahora verás: ¡Dominguilla! ¡Dominguilla!

—Mande la señora—dijo la negrita.

—Cierra, hija mia, y á nadie le abres, ¿lo oyes? no estoy aquí.

—Sí, señora.

—Quiero dedicarle todo mi tiempo al Bachiller, á mi ingrato Bachiller, que no habia venido hace tantos años.

—Gracias, Andrea. Pero vengá á que hablemos de un asunto en que puedes servirme mucho.

—Habla, mi bien, habla.

—¿Estás libre, Andrea?

—Libre, como la pluma en el aire.

—¿Es decir que puedo contar contigo?

—Como siempre; ya sabes que yo te quiero como antes, y te vendrás á vivir aquí á mi casa, y te cuidaré al pensamiento, y nadie entrará aquí mas que tú.....

—No, no se trata de eso—dijo Martin cortando el torrente de palabras de la Perla:—Andrea, ya somos viejos para esos amoríos.

—¿Viejos?—dijo la Perla haciendo un dengue.—Si no tienes ni una cana, y eres capaz todavía de causar ilusion á cualquiera mujer.

—¡Vaya! Pero no se trata de eso, es otra clase de negocio el que vamos á arreglar.

—Sea como quieras. Dime, ¿qué hay?

—Necesito que recibas aquí á un muerto.

—¡A un muerto! ¡Ave María Purísima!—dijo la Perla santiguándose.

—Sí, es decir, á un cadáver.

—¡Jesus me acompañe! ¿Pero cómo? ¡Dios me libre y me defienda!

—Oyeme, óyeme; á un cadáver, que he de ser yo.

—¿Tú? ¡Santo fuerte! Tú te has vuelto loco.

—No, sino muy cuerdo. Es un cadáver, que diremos que es el mio, y que me he muerto.

—¿Pero para qué? ¿para qué? Explicate.

- Porque tengo muchas cuentas con la justicia, y así salimos de empeños.....
- Acabaras! es decir, que se murió otro, y se dice que tú; y muerto el perro..... vaya..... caigo en la cuenta.
- Eso es. ¿Conque me ayudas?
- ¡Pero eso de traer un muerto á mi casa! y luego, ¿de dónde cogemos ese muerto?
- Eso correrá de mi cuenta.
- Pero pierdo mucho.....
- Nada, yo te pagaré bien, y no tendrás de qué quejarte por eso.
- Vamos á cuentas; primero el plan, y luego el precio.
- Eso se llama entrar en razon.
- Habla.
- Yo mando traer al muerto, aquí lo visten y lo amortajan, y lo lavan y todo eso.
- ¿Pero quién? Yo, no.
- Por dinero baila el perro. Yo te daré dinero, y no faltará quien lo haga.
- ¿Qué mas?
- Escribiré una carta que llevarás al virey, fingiéndote mi mujer.....
- Buena es esa. ¿Y dónde veré al virey?
- Todo te lo explicaré despues; y él cree que yo le escribí, que he muerto; se esparce la noticia, vienen á ver el cadáver, me entierran, y *Laus Deo*, se acabaron las persecuciones y los exhortos contra mí.
- Dicho es muy fácil; pero quién sabe.
- Ya lo verás; ¿consientes?
- Se me figura increíble tener aquí á un muerto.
- Por pocas horas, que vamos á adelantar el trabajo: voy á darte una carta para el virey, que llevas á palacio luego,

- que es hora esta en que da audiencia por supuesto vas llo-  
llorando, y le cuentas que escribí la carta y *troné*: si pue-  
des conseguir que mande un oficial de justicia para el entier-  
ro, es mejor, y él te dará dinero para tí, y yo te daré mas.
- Me atengo al que tú me des.
- ¿Cuánto quisieras?
- La verdad, el sacrificio es grande, y vale cien duros; ¿te parece mucho?
- No, cuenta con doscientos.
- Eres encantador—dijo la Perla besando á Martin.
- Pues anda á vestirme, mientras pongo la carta; ¿tienes recado de escribir?
- Sí, ahí está.
- Pues vé á vestirme.
- ¿No te parezco bien así?
- Hermosísima; pero el virey no creerá en la viudedad por lo mismo que estás tan bonita y tan elegante.
- ¿Qué me pongo, pues?
- Un vestido negro, viejo, y un manton; te quitas esos adornos de la cabeza, te despeinas un poco, y procuras frotarte los ojos con algo, para que parezca que has llorado.
- ¿Con mis cabellos?
- Con lo que quieras, ya sabes el objeto.
- Voy, y ya verás.
- Oyeme; ¿la negrilla es de secreto?
- Es una mujer de pecho como un sepulcro.
- Adviértele.
- Le diré, no hayas cuidado.
- La Perla se entró á vestir, y Martin se puso á escribir la carta para el virey, que meditó á todo su gusto.
- Por fin volvió á salir Andrea.
- Estaba como Martin se lo habia dicho, vestida de negro,

y con los ojos encarnados como si hubiera llorado ocho días consecutivos.

—¿Qué tal te parece —dijo haciendo una caravana.

—Soberbia.

—¿Ya está la carta?

—Sí; óyela.

—Ante todo, ¿qué tengo que hacer?

—El papel de una vida escandalosa; que quiere á todo trance arrancar dinero al virey y hacer que entierren de balde á su marido.

—Adelante; á ver la carta.

Martin leyó en voz alta:

«Excmo. Sr. Virey:

Cercano ya el fin de mi vida por una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarme, y debiendo á su divina Majestad el señalado favor de morir cristianamente y en su santa gracia, con todos los auxilios espirituales que necesarios son para el trance postrimero; en descargo de mi conciencia, y próximo ya á comparecer ante mi Dios y Señor, me dirijo humildemente á V. E. para pedirle su perdon como representante de S. M. el rey mi Señor (Q. D. G. M. A.) por haber ofendido su justicia, y en particular á V. E. por haberle engañado entrando á su servicio con el supuesto nombre de Benjamin.

Si V. E. me otorga el perdon que humildemente solicito, podré morir tranquilo.

Así lo espero de la magnanimidad de V. E., interponiendo como mi abogada y madrina á mi madre María Santísima de Guadalupe.

Dios guarde á V. E. muchos años.—B. L. P. de V. E.  
—*Martin de Villavicencio (llamado Garatuza.)*»

—Muy bien—dijo la Perla cuando Martin acabó de leer

—muy bien, comprendo ahora perfectamente.

—Bien; pero anda á Palacio.....

—¿Y qué sucede, tú has muerto ó no?

—Claro está que sí; y si puedes conseguir que el virey me mande enterar.....

—Eso es: y si se acompaña conmigo un alguacil para venir á ver el cadáver?

—Nada temas, cuando vuelvas todo estará arreglado.

—Entonces hasta luego.

—Hasta luego.....

La Perla se envolvió en su mantón, se echó en la cara un velo y salió.

—Mi vida—le gritó Martin.

—¿Qué hay?

—Advierte á la negrilla que yo puedo hacer aquí lo que quiera.

—Sí.

La Perla habló con la negrilla y salió.

A poco salió Martin en busca de un ataúd y dos cargadores para conducir el cadáver que habia contratado y llevarlo á la casa de Andrea.

Don Nuño y Don Leonel comparecieron ante S. E. Los dos iban sumamente tristes y abatidos: habia en ellos otro motivo ademas de la persecucion de que eran víctimas; el secreto de familia que habian creido descubrir, les tenia completamente desasosegados.

—Sentaos, señores—les dijo el virey mostrándoles dos sitiales.

Los presos obedecieron en silencio.

—¿Conoceis los motivos de vuestra prision?

—Sí, señor excelentísimo—contestó Leonel.

—¿Me permitirá V. E. que habee?—dijo Don Nuño.

—Seguramente; la justicia de S. M. no está nunca sorda á las quejas de sus vasallos.

—Pues bien, Excmo. Sr., yo estoy preso sin saber por qué y con la conciencia del inocente: al aprehender á mis hijos, me han aprehendido; luego se me pone en libertad, y cuando me creo ya seguro, se vuelve á dar orden de prision contra mí y se me lleva á la cárcel; y todo esto siendo yo, aunque mal-esté en mi boca el decirlo, uno de los mas leales vasallos del rey mi señor (que Dios guarde muchos años).

—Quiéroos explicar, Don Nuño, en qué ha consistido esto; que un truhan, un mal hombre que se introdujo en mi servicio con el supuesto nombre de Benjamin y que era nada menos que el mentado Martin Garatuza á quien yo no conocia, hizo sobre vos denuncias y acusaciones tan graves y con visos tales de verdad, que necesarias han sido todas esas averiguaciones.

—De las cuales, señor, creo que resultará mi inocencia.

—Tan clara está y tan sin sospecha, que por todas partes se procura buscar al denunciante para aplicarle el condigno castigo; así es que podeis quedar satisfecho, y hoy mismo saldreis en libertad.

## XVIII.

De lo que pasó con el virey y con Andrea.

LA noticia de la retirada del príncipe de Nassau y de las tropas holandesas del puerto de Acapulco, habia llegado á México, calmando los inquietos ánimos del virey y del visitador: se habian disuelto las compañías dispuestas ya para salir, y por toda precaucion el virey dispuso que se repararan las cortinas del castillo de Acapulco y se le agregaran dos bastiones.

Así desapareció tambien el temor que se tenia á la conjuracion de los criollos, en vista de que habia pasado ya la coyuntura en que pudieran haber hecho algo.

Inclinados los ánimos del visitador y del marqués de Cerralvo á la templanza y á la benignidad, dieron trazas de abrir las prisiones y poner en libertad á las personas que en ellas tenian, entre las cuales se contaban Don Leonel y su padre.

Acordaron, pues, hacer venir á éstos á su presencia, á fin de amonestarles, notificándoles que quedaban en libertad, y obligando su gratitud para impedirles en lo sucesivo otra tentativa.

—Mil gracias—dijo Don Nuño inclinándose profundamente, pero haciendo un gesto de desprecio, como quien dice: mucho favor es no castigar á un inocente.

—En cuanto á vos, señor Don Leonel—continuó el virey—tambien saldreis libre con vuestro padre, y por consideraciones á él, que nuestra causa no es tan buena como la suya; contra vos existen mas que indicios, pruebas, y solo por probaros la benignidad y grandeza de S. M. (Q. M. A. G.), á quien represento en estos sus reinos de las Indias, os concedo esa libertad, de la que espero que no hareis el uso que de ella hacíais antes de haberla perdido, porque el perdon de la primera falta agrava la pena en la segunda.

—Señor—contestó Leonel—mi conciencia está tan tranquila, que así la hubiera llevado al mismo cadalso; pero V. E. dispone que salga libre á nombre de S. M., él es dueño de mi vida y de mis dias.

El visitador habia permanecido silencioso durante la conversacion, pero en este momento dijo al virey en voz baja:

—Figúraseme, Excmo. señor, que escucho llantos y voces en una de las antecámaras.

—Así me habia parecido hace ya un rato.

—¿Quiere V. E. que mande ver qué sucede?

—Si no os causa gran molestia.....

El visitador agitó su campanilla de plata que estaba sobre el tintero, y un lacayo se presentó.

Llamóle el visitador aparte y le dijo:

—¿Qué causa ese llanto que se escucha afuera?

—Señor—contestó el lacayo—una mujer enlutada que quiere ver á S. E., ó cuando menos que le sea entregada una carta de que es portadora, que dice ser de un moribundo.....

—Que se me traiga esa carta—dijo el virey, que habia escuchado la conversacion.

El lacayo se inclinó y salió, volviendo poco despues con una carta que presentó á S. E. en una bandeja de plata.

Tomóla el virey, rompió la cubierta y comenzó á leerla; pero á poco lanzó una exclamacion que causó curiosidad al visitador, el cual, sin embargo, no se atrevió á preguntar nada.

El virey terminó su lectura, y exclamó:

—Mirad, señor visitador, que hay cosas que parecen maravillas; hace poco que hablaba yo aquí á Don Leonel y al señor su padre, del llamado Benjamin. ¿Os acordais?

—Sí, señor—contestaron Don Nuño y Don Leonel.

—Pues en esa carta, que nos hará favor de leer el señor visitador, el tal Benjamin, ó Martin, como él dice llamarse, pide perdon de sus maldades y se despide en artículo de muerte.

El visitador tomó la carta de Martin y la leyó en voz alta.

—Pobre hombre!—dijo S. E.—su arrepentimiento parece ser verdadero.

—Aunque tardó por lo que respecta á la justicia humana—contestó el visitador—que segun parece, á estas horas debe ser ya un cadáver.

—Dios le habrá perdonado, que es con el único que tiene, si ha muerto, sus cuentas pendientes.

—Así es.

—¿Y la mujer que trajo esta carta se ha ido ya?—preguntó el virey al lacayo, que habia quedado esperando en la puerta.

—No señor, aun está ahí.

—Hazla entrar—dijo el virey.



El lacayo abrió la puerta é hizo seña á la Perla, que se encontraba en la pieza siguiente. La mujer, sin hacerse de rogar, penetró en el despacho de S. E. y se arrojó á sus piés.

—Alzaos, señora, alzaos—dijo el virey;—alzaos y decidme qué es de Martin.

—No, señor Excmo., no me levantaré, que Martin me encargó que estuviera á las plantas de S. E. hasta obtener su perdon.

—Bueno, bueno, alzaos y hablaremos: ¿dónde está Martin?

—Ay, señor! ha muerto! ha muerto! y no tengo ni con qué enterrarle.....—Y la mujer lloraba sin consuelo.

—Bien, le perdono el nombre de S. M. y en el mio—dijo el virey, mirando lo poco que con este perdon exponia—alzaos, que yo os daré para su entierro.

—¿Qué bueno es S. E.—decia la mujer procurando buscar las manos del virey;—qué buenol con razon me decia Martin que no saldria yo desconsolada.

—¿Y dónde está su cadáver?

—En nuestra casa, señor.

—Vaya; pues yo costearé el entierro en gracia de su arrepentimiento, y un lacayo irá con vos á ver el cadáver y á disponerlo todo.

—Como me lo pensé—dijo en su interior Andrea;—Dios nos saque con bien; allá Martin verá lo que hace.

El virey habia dado algunas órdenes, y un lacayo estaba ya listo para acompañar á Andrea.

—Id—le dijo el virey—nada os costará el entierro, y además, yo os daré cien duros para lutos.

—Mil gracias, Excmo. señor—contestó Andrea, y salió seguida del lacayo, y pensando:—doscientos de Martin y esto, son trescientos.....

Aunque aquella mujer tenia confianza en Martin, sin

embargo, temblaba al acercarse á la casa: si Garatuza no habia hecho nada, de seguro que ella iba dar á la cárcel.

Llamó á la puerta llena de temor, y la negrilla salió á abrirla bañada en llanto. Andrea conoció que la negrilla estaba ya en la comedia.

—¿Qué hay por acá?—preguntó con desconfianza.

—Ya le amortajamos y le encendimos un velon—contestó llorando la muchacha.

—Pasad—dijo Andrea al lacayo, sintiéndose ya con ánimo.

El lacayo entró, y llegaron al interior de la casa.

En medio de una estancia estaba tendido sobre una mesa un cadáver cubierto con una mortaja, y cuatro gruesos cirios le alumbraban.

El lacayo al ver aquel espectáculo, se detuvo y se quitó el sombrero.

—Pobre hombre!—exclamó—Dios le haya perdonado.

—Pobrecito, era tan bueno con su familia!—dijo Andrea.

—Dios tenga piedad de su alma: voy á arreglar el entierro.

—Sí, señor.

El lacayo por huir de aquel espectáculo, salió de la casa, y la Perla le vió por la ventana alejarse.

Entonces desapareció su aire de tristeza y lanzó una alegre carcajada sin respeto al cadáver, cuando al volver el rostro se encontró con el alegre de Martin Garatuza.

—¿Qué tal?—dijo éste.

—A pedir de boca—contestó la Perla.

—¿Viste al virey?

—Sí, y mi papel salió muy bien.

—¿Qué te dió?

—Me dijo que pagaba el entierro y me daba cien pesos para luto.

—Y doscientos que yo te doy.....

—Son trescientos.

—Ya ves que no es mal negocio.

—No me quejo.

—Ahora otra cosa.

—¿Qué?

—Es fuerza que se enamore de tí el lacayo.

—¿Con qué objeto?

—Yo sé mi cuento.

—Pero.....

—Haz lo que te digo y no te pesará.

—Lo haré.

—Así te quiero, obediente.

Llamaron en este momento, Martin corrió á esconderse, y la Perla tomó su aire triste y se arrodilló el lado del cadáver.

Era el comisionado del virey para el entierro, que volvía con un hombre que tomó la medida al cadáver para buscar un cajon.

Cuando aquel hombre, que debia ser el carpintero, salió, el lacayo miró á Andrea, que permanecía arrodillada.

—Señora—la dijo—creo que el cajon, caso de que lo haya hecho, tardará en venir dos horas: voy entretanto á arreglar los negocios en el camposanto y la parroquia.

—Os suplico que no os tardeis mucho; ya comienzo á extrañar vuestra compañía: estoy tan sola y sois tan bueno.....

La Perla acompañó estas palabras con una mueca de coquetería que no iba del todo mal: además, como hemos dicho, aquella mujer ni era una vieja ni carecia de atractivo.

El lacayo la miró con alguna atencion y dijo para sí:

—Lo cierto es que la viudita no es tan despreciable.....

si yo me atreviera.....¿pero cómo? aun no sale el cadáver..... procuraré echarlo fuera cuanto antes; quizá entonces.....

La Perla entendió como mujer de mundo, lo que pasaba en el alma del lacayo.

Puede decirse como regla general, y se entiende que no tratándose de un viejo ni de una fea de primera calidad, que á toda mujer le halaga causar una ilusion, aun cuando esté dispuesta á no conceder favor de ninguna clase, y á todo hombre le alucina una muestra de predileccion por parte de una mujer, aun cuando tenga la firme resolucion de no darle cuartel. No hay mas que una diferencia, que en el caso dado, la mujer puede llegar á sucumbir, y el hombre nunca; y la razon de tal diferencia consiste, en que el hombre puede tomar la iniciativa, y esto no le es lícito á la preciosa mitad del género humano.

—¿Tardareis mucho?—pregunó Andrea.

—Procuraré volver pronto—contestó el lacayo.

—Si os disgusta estar en la misma pieza que el cadáver, podremos ir á otra.

—Me parece bien.

—Entonces, mientras dais la vuelta dispondré otra.

—¿Cuánto os lo agradezco!

—¿Acostumbráis tomar chocolate temprano?

—Sí—contestó el lacayo como mareado por la coquetería de Andrea.

—En tal caso, yo misma voy á prepararlo para cuando volvais.

El lacayo miró las manos de Andrea y le parecieron preciosas.

—Voyme para volver cuanto antes—dijo.

—No tardeis—agregó Andrea, dirigiéndole una mirada capaz de volverle loco.